

RELATOS

# UBERX

Horacio Pino Sanhueza



UBERX

## **UBERX**

Horacio Pino Sanhueza

Primera edición: febrero, 2022

En colaboración con  
EspacioAjeno - Plataforma Crowdfunding  
[facebook.com/espacioajeno.cl](https://facebook.com/espacioajeno.cl)

Fotografía cubierta: Oscar Masías

Impreso en Santiago de Chile  
por Gráfica LOM.

Diseño, edición y diagramación  
Editorial ELOtroCuarto  
[www.elotrocuarto.cl](http://www.elotrocuarto.cl)

# UBERX

Horacio Pino Sanhueza

Ediciones **ElOtroCuarto**



## LA ESCRITURA SUSPENDIDA

El tránsito por la ciudad deviene en caos. Los cruces de los cuerpos, las diferentes formas de habla y hasta sus silencios son parte de este conjunto social que no cesa, se dilata en palabras que se desenvuelven en lo urbano, se estructuran y confunden. Solo el artista se somete a esta búsqueda de signos para que den cuenta de una época, de su moral, de sus errores, de su forma de habitar el tiempo. Es el caso de *Uber X*, la más popular y económica de las opciones dentro de esta aplicación (Uber Vip, Uber XL, Uber Black, entre otros), donde personajes de toda la Región Metropolitana se vierten en el nimio y cotidiano acto de trasladarse de un lugar a otro.

Estos relatos ahondan y dan el foco en lo marginal y lo periférico, zonas en donde la realidad está fisurada y tensionada por lo económico, lo político y lo social, para mostrarnos un mundo de discursos suburbanos, vidas desbordadas, un Chile que no se enmascara y que habla sin tapujos: la prostitución, lo delictual, las drogas, las vidas rutinarias y angustiadas, la migración centroamericana y caribeña, misceláneas de una geografía poblacional. Por tanto, atender a la descripción de estos espacios es solo la superficie, lo aparente, un transitar silencioso por estas calles capitalinas. Y en este sentido no basta con observar las vidas y las acciones para ser buen cronista de la realidad; también perderse de vez en cuando en la oralidad es hallar un material valioso, que rebosa en códigos, en gestos, en humor: fragmentos de materialidad que están adheridos a este libro. Pues Horacio Pino teje tramas desde su experiencia, es decir, se deja atravesar por el lenguaje que escucha, lo receptiona, lo capta, lo desenreda, y luego lo vuelca, como buen artesano, al mundo de la escritura.

A este conductor-oyente lo vamos conociendo, en gran parte de los relatos, por lo que piensa; no tanto por lo que dice, pues se enmudece ante la presencia estética, ante la musicalidad del lenguaje oral, que ve como material literario y se lanza a aprehenderlo en ese acto pasivo de honda escucha: «Eso po, hijo e la traga sable. ¿Hai matao alguna vez un chancho a charchazos?». También la prioridad del acto creativo lo interrumpe de su rutina y busca pequeñas grietas de tiempo para darle vida al oficio literario: «Tomé mi celular y mientras esperaba comencé a escribir lo que había pasado en un par de carreras anteriores a fin de no olvidar detalle alguno», así como también para pensarlo: «Sabido es que la movilidad de la calle es un corazón latiendo a todo momento bajo el pavimento, por lo que a esas alturas ya nada me sorprendía». A veces su voz se difumina, se extravía, solo para mostrar un testimonio como en «El espantapájaros». En otras revela su humor espinoso, como cuando habla de la moral cristiana, ya que la observa sin valor, como una muletilla, para concluir y justificar asuntos sin importancia: «Suená Maluma. Maluma es mi pastor, nada me ha de faltar».

Algo curioso sucede cuando sueña (en «Siesta» y en «Hans Pozo y los muertos de Camilo Sesto»), porque allí la realidad todavía lo excede. El caudal onírico se hace patente, no para encaminarnos hacia lugares irreales; sino para mostrarnos nada más que capas y capas de situaciones sociales que lo inundan, y que perviven en su escritura como correspondencia incesante con lo que ha vivido.

En «En tiempo real» el personaje oyente pasa a la acción. Ahora es un ciudadano a pie. Vive el drama de la periferia provinciana: estar siempre atento al horario de salida de los buses para volver a casa: «(...) me quedaba una hora y media para poder llegar al terminal antes de que saliera la última liebre hacia mi casa en Talagante». No sabe hacia dónde lo lleva el Transantiago; lo único que quiere es llegar a su casa a descansar. Sin embargo, va atento a las situaciones

que se van dando dentro de las poblaciones. «Saqué mi celular y comencé a escribir lo que veía (...). El tránsito del cotidiano me mueve, como si fuera una suerte de vagón con recorrido incierto incrustado a fuego en el minuterio de los días».

Horacio nos hace entender que la escritura es fruto de la voluntad de quien se detiene a ver y a escuchar las circunstancias que se hacen y deshacen en un mundo caótico y desconcertante. Ser testigos de los hechos para examinar el instante. Suspender el acto de escribir por un momento para dejarse sorprender y emocionar frente al gran teatro del mundo.

**Sergio Miranda**

*Poeta y escritor*

*Los días pasan y pasan y no terminan.  
Todo lo que mi vida necesitaba era  
una noción de algún lugar a donde ir.*

**TRAVIS BICKLE, *Taxi Driver***

## EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

El 2018 me subí a un Changan CS1 2016 gris, y comencé a recorrer la Región Metropolitana con un celular y Uber. Nunca había ido más allá de San Bernardo y Maipú en un vehículo. Guiado siempre por la luz azul del GPS y la inconfundible voz de la española. Al poco andar, se fueron corriendo los velos de las situaciones, y un viaje dejó de ser un simple viaje para dar paso al gran teatro del mundo.

## SAN PABLO

Una mujer con minifalda y tacos se despide de sus compañeros de trabajo afuera de una discoteca en San Pablo, antes de llegar a Neptuno. Se sube en evidente estado de ebriedad. No emite ninguna palabra ni hace algún gesto fuera de lo esperado, salvo demorarse un poco al subirse. Era la madrugada de un miércoles en Santiago de Chile, donde siempre la noche se manifiesta de una u otra forma, sin pedir permiso ni por favor.

—Disculpe, caballero, que venga así, lo que pasa es que... no es que una anduviera hueveando, yo andaba trabajando.

No le estoy pidiendo ningún tipo de explicaciones. Lo pensé, pero no se lo dije. Simplemente prosiguió:

—Yo trabajo en esa disco donde me tomaste, y el último martes de cada mes se cierra el local exclusivamente para un cliente. Le llaman Don Marcelo, es un viejo de unos sesenta años, flaco, canoso. Igual tira pinta el viejito. Debió ser bien encachao cuando joven. Siempre anda con una camiseta, una chaqueta y un sombrero blanco. La jefa nos dice que debemos hacer todo lo que él nos diga, y la verdad es que lo hacemos gustosas. Somos cinco niñas las que trabajamos ahí, y en puras propinas nos llevamos de cien a doscientas lucas cada una. A veces, cuando anda de buena, es más. Con decirle que la dueña del local paga la luz de todo el mes solo con este cliente. Cacha que en pura luz son casi dos palos, gallo. Imagínate cuánto le paga. Y eso que no le estamos sumando el consumo. El viejo es de whiskies caros, y nos invita a nosotras también.

Comencé a hacer un cálculo mental, y el hombre ya llevaba gastados cerca de tres millones solo en una noche. Pensé en qué

tipo de persona podía darse ese lujo en este país, de cerrar un local completo para su disponibilidad, y que no solo el edificio lo estuviera, sino que todo su personal.

—Oye, ¿y qué hace el señor toda la noche? —le pregunté realmente interesado.

—Se sienta en el sillón a escuchar música a todo tarro. Es de la onda ochentera. Toma copete y jala. Nos va llamando una por una, le gusta conversar, bailar y que lo abracen. De repente se pone cariñoso más de la cuenta, pero lo llevamos cortito: no es na casa de putas la hueá.

## LA BALIZA

El sonido de una lata de cerveza vacía rebotando en el asfalto invadió por completo la silenciosa noche de Lo Espejo. Minutos antes, la aplicación me había enviado una solicitud de viaje desde esa comuna hacia Puente Alto. Eran varios kilómetros y me aseguraría al menos diez lucas. Al llegar al punto, un hombre con overol y chaleco plomo sale de una casa. Atrás, otro personaje con chaqueta y pantalones de mezclilla caminaba mientras mascaba chicle, mirando atentamente el automóvil.

—Buena, hermano —se asoma el del overol al vidrio—. Mira, tenemos que ir a Puente Alto y después pal centro. ¿Cuánto sale la gracia?

Pienso en arrancar a la primera. Por un tema de intuición, no me da buena pinta el hombre y su amigo. Pero en vez de eso, le digo que por la hora y la distancia, tendrían que ser veinte mil pesos, esperando que lo encontrara demasiado caro, y así poder salir de ese lugar sin necesidad de hacerlo arrancando.

—Vale, pero tenemos que ir a buscar a una chiquilla. Nos tienes que esperar si no está lista.

Fue así como el de chaleco plomo se sentó a mi lado y el de mezclilla atrás. Al cabo de unos segundos, siento el sonido inconfundible del destape de una cerveza en lata, acompañado de un fulminante llameo de encendedor. El olor a ácido quemado comenzó a marearme. Por el espejo veo al tipo aspirar rápidamente desde una pipa mientras acercaba el fuego.

—Amigo, ¿usted cree en Dios, nuestro señor omnipotente? —me pregunta de improviso mi copiloto. Pero antes de responder, el

de atrás agrega inmediatamente después de soltar la última bocanada de humo.

—Las hueás que preguntai, Silvester. Obvio que aquí el amigo es cristiano. ¿Y sabe una cosa, socito? —me indica mirándome por el espejo retrovisor, mientras se interrumpía a ratos bebiendo de la lata—. Dios es tan pulento, tan, pero tan pulento, que nos da permiso pa pecar unas dos veces por mes. Y adivine... —el de adelante le comienza a responder con gritos descontrolados, como quien va al estadio a alentar a su equipo favorito—, ¡hoy día nos tocó, hermano! ¡Ehhh! ¡Ehhh! ¡Ehhh! —concluye risueño el de mezclilla, mientras se toma el último sorbo de cerveza y la lata comienza a rodar por la oscura y desolada noche capitalina.

El de overol saca un iPhone de muy alta tecnología y sin anticipar nada comienza una videollamada por WhatsApp. Del otro lado del celular, empieza a vislumbrarse el rostro de otro hombre.

—¿Qué pasa, Silvester, que llamai a esta hora? Estaba durmiendo, hueón.

—¡Yaaa! —grita de pronto el de atrás—. Despierta, culiao, seguro tení muchas hueás que hacer en Punta Cana, chuchetumare.

Ambos estallan en risas.

—Oye, hermano, vamos donde una perversa, tate despierto pa después hacer la llamada de nuevo —le señala el copiloto.

—Oh perro bastardo —le responden desde el otro lado del celular—. La vai a hacer de nueo.

Evidentemente el tipo de la llamada se encontraba en la cárcel. No era primera vez que me tocaba presenciar una conversación eterna entre un pasajero y una persona privada de libertad. La mayoría de las veces, por no decir todas, eran mujeres que llamaban a sus hombres y hablaban de cosas cotidianas, pero jamás había visto una situación donde estuviera involucrada una «perversa». Sabido es que la movilidad de la calle es un corazón latiendo a todo momento

bajo el pavimento, por lo que a esas alturas ya nada me sorprendía. Solo me dedicaba a observar y a escuchar atentamente; quizás algún día Silvester podría acompañarme en alguna historia escrita en un libro publicado por la editorial de algún amigo, y me increparía por sapo, por lonji.

Al cabo de varios minutos, conversaciones divinas y terrenales varias, llegamos a Puente, a una población cercana a un cerro. Al entrar por un pasaje dimos con una plaza de barrio. En una esquina, una adolescente que no superaba a simple vista los diecisiete años de edad, espera con una cartera y un abrigo que la cubría por completo de esa fría noche.

—¿Cómo está, mi amor? —la saluda amablemente el de overol, mientras el de atrás la recibe con una lata de cerveza, preguntándole qué contaba.

La mujer se sienta atrás, mientras ambos hombres se dirigen en todo momento a ella como «mi señora». ¿Cómo le ha ido a mi señora?, ¿cómo estamos para esta noche, mi señora?

El de mezclilla me indica que debemos pasar a una bomba a comprar cigarros y chicle, que por Departamental hallaríamos una, que me fuera atento. Ya la conversación se había puesto derechamente terrenal, sacando del todo al Dios misericordioso que les brindaba la magnífica oportunidad de ser de carne y huesos, aunque sea por unas pocas horas al mes. A lo lejos logro ver una Copec con su respectivo Punto. Ingreso y me estaciono. Antes de detener del todo el vehículo, ambos hombres se bajan rápidamente. Observo a la niña por el espejo y reafirmo que aún no sobrepasa la mayoría de edad. Se veía alegre, entusiasta y muy maquillada. Me ofrece de su cerveza pero le indico que no me gusta tomar en el trabajo.

—Buena, guachito, esa es la mano. Yo no sé por qué no tengo amigos como tú y tuve que terminar juntándome con gente tan flaute —comenta en broma, mientras lanza una enorme carcajada.

El de overol se había encontrado con un amigo en la puerta del Punto. Era un hombre harapiento y sucio, con un vaso de café vacío en la mano. Se notaba que estaba pidiendo chauchas. El pasajero lo trataba muy amablemente, dándole a cada rato la mano y apretándole el hombro, mientras que el de mezclilla compraba lo que necesitaban. Al salir, el de overol se despidió muy afectuosamente y sacó de su bolsillo un fajo de billetes. Logro notar que todos son de mil pesos, y que le estira a lo menos unos tres o cuatro.

—Este guacho... fuimos compañeros en la peni —se sube diciendo mi copiloto, en tono enternecedor, como quien se encuentra en la calle después de años con un amigo que en su momento le tendió una mano—. Ya, socito, tenemos que seguir hasta Manuel Rodríguez, y cuando lleguí a la Shell doblai al toque —me indica ansioso.

Seguí las indicaciones. En lo que quedaba de camino tuve que abrir la ventana para que saliera el olor a humo de los tres cigarrillos que encendieron sin preguntar. Fue así como logramos llegar a la Shell. Al doblar, la calle se encontraba en absoluta oscuridad, pero una baliza a mano izquierda lograba iluminar algo la escena.

—Métete donde está la luz —me indica el de overol.

Al llegar a la entrada, un enorme portón con una rejilla nos impedía el paso.

—Toca el timbre y pide una pieza.

—Buenas noches, señor —le indico a través de la rejilla—. Necesito una habitación.

—Cómo no, pasen a la 27. Allí por una puerta hacen el pedido y cancelan.

Al llegar al número indicado, los tres se bajan rápidamente, ingresan a la pieza y cierran la puerta. Pensé que no volvería ver salir a nadie más, y que simplemente no pagarían la carrera. Al cabo de tres minutos, el de mezclilla sale dándome las gracias y pasándome veinte mil pesos en billetes verdes de mil.

—Que diosito todopoderoso me lo bendiga, mi hermano.

## MALUMA ES MI PASTOR

Al llegar al punto de encuentro que me indicaba la aplicación no había nadie. Tomé mi celular y mientras esperaba comencé a escribir lo que había pasado en un par de carreras anteriores a fin de no olvidar detalle alguno. Al cabo de unos minutos aparece una mujer y me golpea la ventana, pero le pido un segundo para concluir lo que estaba anotando. Era la pasajera y se subió a mi lado. El silencio habitual al inicio de cada viaje inunda la escena. Desde el panel del volante voy intercambiando la radio, a fin de encontrar alguna canción más o menos movida. Suena en los parlantes una melodía rockera y pegajosa. La mujer rompe el hielo exclamando un repentino y bullicioso «uhhh el medio temaaa, ¡déjala ahí!», mientras comenzaba a mover lentamente sus manos, brazos, cabeza, su humanidad completa al ritmo de esas guitarras eléctricas y baterías celestiales.

—¿No cachai esa canción? ¡Yaaa! ¡Cómo no la cachai! ¡Es el medio tema! —me increpa entre risueña y molesta por mi carente espíritu de melómano erudito.

La efervescencia era mucha. Realmente estaba sintiendo esa canción. Pues bien, solo atiné a hacer lo que cualquier provinciano bien parido haría en esa situación: le subí volumen a todo lo que me permitieron digitar los últimos segundos antes de que me diera el verde. La intro era larguísima. Nunca nadie cantaba, y de verdad a esas alturas mi patológica ansiedad me estaba desgarrando los sesos.

—¿En serio no la cachai? —volvió a preguntar la mujer—. En la iglesia donde voy siempre la tocan.

Logré dilucidar tres o cuatro palabras infaltables en el dialéctico de las almas que se saben descarriadas, monotemáticas, drogadas con alucinógenos entre las paredes de la misericordia, la cruz y la salvación. Me admiré de su pasión desbordada, a tal punto de darles rienda suelta a esos bueyes paradigmáticos del ser, sin importarle nada salvo su propia verdad.

Apenas se bajó cambié el dial. Suena Maluma. Maluma es mi pastor, nada me ha de faltar.

## LA JOSÉ MARÍA CARO

Mientras espero que el 4% del crecimiento de la economía chilena de este año haga efecto en mi billetera, o que los tiempos mejores vengan a correr la cortina matutina de mi habitación para que llegue el sol a mis días, cada chaucha a gastar vale la pena que pase por el filtro de la sesera matemática. Es por eso que, pasando por la emblemática José María Caro, me llamó la atención un letrero luminoso ubicado en toda una esquina, una vieja cómoda, un plástico como alfombra, un alargador afirmado con huincha aisladora que servía para conectar la única máquina de aquel imperio, y unas tijeras profesionales manejadas por un parcerito. El cartel tenía un mensaje casi bíblico: «A tres lucas el corte de pelo». Esta es la mía, pensé, mientras me estacionaba sacando cálculos sobre cuánto ahorraría con esta jugada digna de Wall Street.

—Buenos días, parcerito. Tome asiento —me dice amablemente un veinteañero, con tatuajes en todo su cuello y brazos.

—No puedo creer que aún existan cosas a tres mil pesos. Se agradece —le dije sinceramente mientras me acomodaba en aquel salón de belleza con vista panorámica hacia la población, con música para todos los estilos. Un manjar de los dioses.

De pronto llegan tres tipos igual o más tatuados que el caribeño. Llevaban pantalones cortos y poleras musculosas. Ese día hacía mucho calor, por lo que si no hubiesen traído en sus manos las Escudos transpiradas, simplemente me habría parecido estar en un sueño surrealista. Tomaron asiento en unos pisos que acomodó el parcerito, con la misma amabilidad con la que me recibió a mí. De los tres uno era mayor, treinta y cinco años aproximadamente, y los otros dos a todas luces menores de veinte.

—¡Oe! Dale pilsener al parcerito, hueón, y al caballero también —le indicó el hombre, al mismo tiempo que le decía que se apurara donde el Cachulo, que el loco tenía un brillo con la pierna y tenía los mansos cripyes, que fueran a comprarle antes que volara.

Me sentí viejo. En mis tiempos eran porros: dos por Luca, paragua o caca de caballo, pero el cripy es como adherido a Bad Bunny y su *kush kush*, con corte de sopaipilla incluido. Imposible no sentirse vintage en este siglo, donde una década pareciera ser tres vidas y media de nuestros antepasados.

El parcerito de vez en cuando tomaba un sorbo de cerveza, presionado por el gran talento de la labia del hombre mayor, que a ratos me miraba y buscaba instaurar un tema.

—Maestro, hágase el degradado. Míreme a mí: tremenda pinta. Las minas llegan solas. Hágame caso, máster, no sea porfiao.

Le miraba de reojo el corte, y veía las intersecciones precisas entre sus poros y diminutos pelos asomándose por el mapamundi, mientras continuaba con su oratoria de pasarela cósmica poblacional, indicándome las recetas mágicas de un buen corte de macho alfa.

—Pa eso —siguió diciendo—, el parcerito tiene que mandarse un pencazo, pa que le resulte la vaina.

De improviso aparecieron los dos jóvenes que habían ido por *kush kush* conejo malo. Se acomodaron en los pisos, mientras uno de ellos parecía buscar un encendedor en sus bolsillos.

—¡Ahora, helmano! —agregan, alegres, mientras encendían uno de dos cuetes.

—Parcerito, ¿hai carretiao con los cabros de acá o no? —le pregunta el de polera musculosa azul, pegándose una fumada tan grande que le fue necesario inflar el pecho. Las espigas tatuadas en sus pectorales se arrancaban y mezclaban con los pelos de su axila. Hasta podía ver las últimas letras del sacro nombre dibujado. Me imaginé que era un hombre apasionado, que debe haber estado

muy enamorado, como nunca antes en su vida, para que una tarde en volá de clona decidiera tatuarse el nombre de esa mujer: Kiara.

—Sí, parcerito. Sí he carreteado acá, pero no me gusta mucho. La gente como que cambia con el trago. Uno tiene que ser siempre igual, creo yo —le responde pausadamente el peluquero, mientras me hacía el vaticinado e irresistible degradado sugerido por mi nuevo amigo.

—¡Puuuta, parcerito! —interrumpe abruptamente el hombre mayor—. Es que aquí así es la cosa. ¿Hai matao alguna vez un chanchito a charchazos? —le pregunta enérgicamente al de la musculosa verde, que lo mira atento mientras le daba unos buenos sorbetes a la chela, con cara de «¿qué hueá me preguntó este culiao?». Insiste el hombre.

—Eso po, hijo e la traga sable. ¿Hai matao alguna vez un chanchito a charchazos?

—Ehhh... mmm... sí... —dice finalmente, sin entender muy bien qué chanfle estaba respondiendo.

—¡Saaale, conchetumare! —le dice aún más enérgico su interlocutor—. Cuándo hai matao un chanchito a charchazos vo, si son más duros que la cresta. Igual que todos estos culiaos que viven aquí po, parcerito. Duros, duros como caeza e chanchito. Y así somo. Nunca nos van a cambiar.

Siguieron las bromas en el paisaje aquel, tan vivo como las manos del parcerito, que por tres luquitas me dejó un jopo lolein de una crisis existencial postreinta, el manso ni que panorama barrial y la moraleja del chanchito a charchazos.

## TÚ SÍ ME ENTIENDES

—Tío, ¿nos podemos tirar unos tusi pal camino?

—Depende.

—¿De qué?

—Si me dan.

## EL ESPANTAPÁJAROS

—Y pensar que cuando yo era caurito, todo esto era un puro fundo, ñor. Ahora puras parcelas con viejas estirás que en su vida han sacao una papa de la tierra, y esos jutres que te tiran las camionetas encima y andan todo el día midiendo con los vecinos quién tiene la penca más grande. Antes la cosa era re simple, pariente. Con decirle que mi primera pega acá era hacer espantapájaros. Asimismo, gancho, tal como me escucha. Los tordos se hacían chupete las semillas y no había caso, son porfios esos bichos, ñor. Entonces como ocho años debo aer tenío, y me pasaban un tarro con un fierro y andaba de punta a punta de la siembra métale y póngale chicharra pa tener a toos los pajarracos bien espantaos. Qué tiempos aquellos, oiga. Si parece que jue ayer todo esto que le estoy contando, pero no pues. ¿Serán unos setenta años, Laura? ¿Laura?

—¿Qué pasó? Ay, papá, estás molestando al caballero. Ya, calladito que falta poco para llegar.

## SIESTA

Soñé que un puñado de travestis de diez de Julio me perseguían por cités abandonados, oscuros y sin salida en el centro de Santiago. Llevaban en sus manos punzones manchados con sangre, y me gritaban que tenían sida y que me la iban a clavar por todos lados. Entonces yo no quería tener sida, tampoco sentir las puñaladas. No entendía cuál era mi crimen. De pronto, y a lo lejos, veo en una pared al mismísimo Rimbaud en una suerte de calcomanía gigante, injuriando a la belleza, bendiciendo lo maldito. Esa es mi salida, pensé. Corrí lo más fuerte que pude para lanzarme contra la pared.

Un vagabundo golpea la ventana del auto y me despierta de mi siesta.

—Una moneíta por el amor de Dios. A mí me sirve más que a usted.

## EL BESO

El semáforo en rojo alumbraba Eliodoro Yáñez con Pedro de Valdivia. El reloj del panel marcaba las 4:25 de la madrugada en un caluroso domingo de noviembre. Todo el mundo parecía dormir. El resto, de alguna u otra forma, también lo hacía; pero caminando, con las pupilas incendiadas y condescendientes, envueltas en sus deseos nocturnos. Un Chevrolet Sail lideraba la espera de la fila. Lo seguía una camioneta Ford Ranger negra, concluyendo la solitaria escena con mi regalón chinito Changan. De pronto, el semáforo da el verde, pero nadie avanza. Impaciente, fiel a la nocturna nostalgia ansiolítica santiaguina, el de la camioneta comienza a tocar la bocina: una, dos, seis, ocho veces, pero todo sigue igual. Como buen provinciano, me prohíbo a mí mismo hacer alardes inútiles y nefastos en una situación como esta. Más bien, me dedico a observar qué pasa, qué es lo que impide que la gran capital siga su curso y ritmo de locos. Quizás en alguna situación emerjan de las cloacas comandos de terroristas emocionales deconstruidos, dispuestos a hacer estallar la rutina de las intersecciones en este siglo de avenidas y arterias enmarañadas. Pues bien, sigilosamente tomo la derecha de la Ford, sin perder de vista al valiente Sail. Dentro del vehículo, un hombre al volante con sus manos cruzadas al cuello de una mujer, sumergidos en un beso perdido en la estratósfera, lejos, a mil millas; pero por sobre todo indiferentes a los desesperantes bocinazos, al verde eléctrico, a las siluetas capitalinas que salen de rumba en dirección al viento. «El que puede puede», pensé. El poco deconstruido conductor de atrás seguía empujando su enorme palma hasta el fondo de la bocina, como si aquel molesto e inútil ruido fuera suficiente para retomar la caó-

tica calma naturalizada. ¿Acaso ese señor nunca estuvo a salvo en el oasis de un dulce beso?, donde nada tiene sentido ni cabida más que ese mismísimo instante, carnaval de sabores y entrañas explotando y danzando en la fiesta eterna de Fela Kuti, perdido en los versos de amor de García Lorca, de esos que sientes que pueden tocarse con los dedos. Evidentemente no.

Cada vez que mis huesos atraviesan aquella intersección de Providencia, todo se detiene. Todo cobra un sentido único bajo el recuerdo de ese eterno y dulce beso con olor a los acantos florecidos de noviembre, caluroso y solitario noviembre.

## HANS POZO Y LOS MUERTOS DE CAMILO SESTO

Soñé que en Santa Rosa con Observatorio un joven rubio y de ojos claros se acercaba a limpiarme el parabrisas. Intenté decirle que no; pero ya había vertido un buen chorro desde la botella Mc Cola de litro y medio, con su mezcla infalible de Ballerina de vainilla con Quix y vinagre de manzana. Mientras meneaba su viejo chapulín al ritmo del tarareo de una cumbia de Amar Azul, lo reconocí inmediatamente. Sin duda era él, el mítico Hans Pozo. Asombrado le dije que era famoso, que no había nadie que lo igualara dentro de los santos populares (a excepción del Romualdito) y que no iba a creer si le decía que habían libros, obras de teatro en su honor, y que en cualquier momento salía una película donde sería interpretado por el mismísimo Matías Vega, su hermano gemelo separado al nacer. Él se mostraba incrédulo pero maravillado. Como si aquella noticia fuera la más suculenta de las propinas. Solo atiné a pedirme que le subiera volumen a la radio, porque esa canción que acababa de comenzar a sonar, era el único recuerdo que tenía de su madre, que la cantaba mientras nadaba en su vientre. «Vivir así es morir de amor», gime Camilo Sesto. Esa noche todos estábamos muertos: Hans con la ilusión de la fama, Camilo ardiendo con sus cantos apasionados; y yo viviendo y muriendo, pues claro, de amor. Justo desperté y la buena de la Chavela Vargas retumbaba en mi conciencia, con eso de que el amor no existe, que nada más es un invento de borracheras.

## ZARA

—Tío, me encontré una chaqueta Zara y la suelto por quince pesos.

—¿Cómo te la encontraste?

—Sí po. Estaba en la disco y de repente había una chaqueta colgá frente mío. Me la puse en un brazo y nadie me dijo na, así que me la encontré po. ¿Le interesa?

## LA LUNA

—¿Me puede bajar la luna, por favor?

—¿Qué? —le dije asombrado.

—Si me puede bajar la luna, por favor.

Volví a preguntar absolutamente incrédulo de lo que oía. Mientras pensaba que esta chiquilla no sabe cómo me llamo, cuáles son mis costumbres, los odiosos hábitos, si prefiero el tinto o el blanco, el manjar o la margarina, si peludos o pelados los duraznos. No sabe ni mi edad ni dónde vivo ni cuál es mi apodo de LatinChat. Podría al menos invitarme a un combinado, a ver un atardecer en algún mirador perdido por ahí. No sé. Ver si hay vibrazaun, conecchion, algo, un pequeño estremecimiento que sea. Pero no. Me pide de una que le baje la luna.

—Señorita, ¿qué me dice? ¿Que le baje la luna? Es que... —venía con todo mi discurso de afectividad responsable, pero me interrumpe.

—Sí pues. Esto... ¿cómo le llaman ustedes? El vidrio... eso, bájeme el vidrio, por favor.

## EL OTRO BESO

23:00 horas. Pedro Aguirre Cerda. Sube una mujer de unos 34 años aproximadamente. La deja un hombre en la puerta del auto. Se despiden con un cálido y largo beso. Comienza la marcha. A los dos minutos suena su celular. Logro escuchar la voz de un hombre que le decía que se fuera inmediatamente a la casa, qué dónde re chucha andaba hueveando.

—¡Si ya voy oh, hueón! —respondía enojada y de forma reiterada la mujer. Cuelga.

—Este es el hueón de mi marido, po. Puta que se merece que me lo cague. Puta que es flojo el conchesumare. Y me huevea todo el día. Bien merecido se lo tiene. Por hueón. Por re hueón. Por re contra ahueonao.

Repetía la idea una y otra vez, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma, apaciguando la culpa de una monogamia heredada en este mundo de cinismo y máscaras al cubo. La mujer estaba ebria. Lo noté porque repetía mucho las mismas ideas y se le enredaba la lengua. Al llegar a su destino, un tipo con cara de hueón la recibe, no la saluda con el beso apasionado con el cual se despidió de su amante, sino todo lo contrario.

—¡Puta, hueona, que te demoraste! ¡Andabai puro hueveando! Ya, ¡anda a ver al cabro chico!

El hombre se acerca a mí, como si recién en ese momento hubiera aparecido yo en la escena. Me pregunta cuánto me debe, mientras la mujer se baja raudamente y entra a su casa.

## EL JEFE

Los tarros con leña ardiendo en todo momento se presentaban cada dos cuadras en las esquinas. A su alrededor, hombres y mujeres de todas las edades se resguardaban del insolente frío de agosto. Ya eran cerca de las dos de la madrugada y la aplicación me había llevado a La Pincoya, Huechuraba. Sus casas a las faldas del cerro le daban un toque nostálgico, como un rinconcito de puerto sureño. Sabía que aquel lugar era denominado por mis colegas como zona roja, flaite, vulnerable, rasca; no obstante, suelo incrustarme en los rincones más profundos y olvidados del Gran Santiago, atento a las señales que se presenten en el camino. De pronto, el chillido del llamado de un pasajero suena desde la aplicación. Está a tres minutos de mi ubicación y se dirige a San Bernardo. Buena carrera, pensé.

El pasajero debía responder al nombre de Gonzalo. Según el mapa debía estar justo al medio de un pasaje. Sigilosamente me desplazo entre barriles ardientes. Las miradas de los vecinos se pierden al unísono en el reflejo del parabrisas, como si una orquesta de pestañas sonámbulas y alertas se inquietaran por la presencia de un hombre ajeno, extraño. Hago el gesto facial de saludar a algunas personas mientras avanzo a mi destino. Al llegar al punto del GPS, salen hombres y mujeres de una casa. Abrazan a un tipo que parecía estar muy agradecido. Lo observo atentamente por el espejo lateral, y veo a una persona de estatura media que se acerca a la puerta del copiloto.

—¿Gonzalo? —le pregunto bajando el vidrio, sin sacarle el pestillo a la puerta.

Noto que tiene un ojo morado y sangre en sus narices. Trae un pañuelo ensangrentado que se lleva en todo momento a los labios. Algo no estaba bien. Pienso en acelerar. Cuando me encontraba dispuesto a irme, Gonzalo me dice que no me preocupara, que era su colega, que también manejaba como socio conductor, y que unos cabros chicos le acababan de robar su auto en la otra cuadra.

—Hermano, necesito llegar a mi casa. Estoy pa la cagá. Allá mi señora te va a pagar. Llevo como una hora esperando un auto, pero todos me cancelan. Nadie se viene a meter pa acá. Porfa, no me dejé tirao.

El hombre me pareció sincero. Realmente sentí que requería ayuda. Con la mano izquierda le quito el pestillo a la puerta y lo ayudo a subirse. Estaba maltrecho y se quejaba de dolor de nariz.

—¿Qué le pasó, colega? —pregunto.

—Estaba trabajando por aquí cerca. Ya me iba para mi casa, a San Beca, y justo sale un pedido hacia allá. Usted sabe, coleguita, no hay nada como llegar a la casita con un pasajero. Cuando llegué al punto, un cabro chico se iba a subir. Lo miré bien al hueón y era un pendejito, un cabrito, y estaba solo. Qué me va a hacer este cabro, pensé. Cuando le abrí la puerta, me dice que se le había olvidado algo en la casa, que lo esperara un minuto. Hermano, no me di ni cuenta y tenía a otro hueón al lado mío apuntándome con la tremenda pistola. Me cagué de miedo. Imagínese que el auto no es mío; es de mi hermana. Me lo prestó por un tiempo los fines de semana en la noche mientras encontraba pega, porque llevo tres meses sin nada de nada y esta cuestión salva pa parar la olla en la semana. Usted sabe pues, coleguita. Y lo peor es que como eran unas semanas nomás, pa qué le íbamos a contratar seguro. Entonces no tenía seguro, colega.

El hombre, evidentemente quebrado por la situación, cada dos frases emitía un largo suspiro, como quien sostiene la necesidad orgánica de expresarse con palabras.

—No me diga que...

—Sí le digo, amigo mío. El pendejo de la pistola me bajó del auto y atrás de él habían dos más. Me sacaron la cresta. Mire cómo me dejaron la ñata. Yo lo único que les decía era que no me mataran, que tenía dos cabros chicos. Pero estaban cagaos de la risa. Me dejaron allí tirao y se llevaron todo: mi celular, billetera, el auto, hasta los juguetes de mis hijos que estaban en la maleta. Con decirle que mi polerón estaba en el auto también. Con la calefacción me bastaba un chaleco delgado que tengo aquí debajo. Este abrigo me lo pasaron los cabros de donde me recogió. Me levanté como pude del piso. Estaba pa la cagá y me puse a caminar por los pasajes colindantes. En esa casa habían unos cabros carreteando. Les conté lo que me había pasado. Me dejaron entrar, me sirvieron un té y me pasaron esta chaqueta. Eso que dicen de que los chilenos somos solidarios en las tragedias, puta, no tengo idea, porque estos cabros eran venezolanos. La cosa es que dio la casualidad de que uno de ellos era socio conductor también, y me prestó su celular pa ingresar con mi cuenta. Desde allí mandé un mensaje a soporte para contarles lo que me había pasado y ver cómo me podían ayudar. ¿Sabe lo que me respondieron, socio? Que lamentaban mucho la situación, que sabían que no esperaba pasar por una experiencia como esta al ser parte de su empresa y que, a modo de compensación, me ofrecían un descuento de mil pesos para mi próximo viaje. Una luca, amigo. Así, tal cual. Una luca por un auto de siete palos. Y no es ni mío, socio...

El hombre se llevaba una mano al rostro cada dos segundos. La angustia lo estaba devorando. Intenté decir algo, pero al mismo tiempo siguió hablando. Entendí que precisamente era eso lo que necesitaba: hablar, desahogarse. Y sabido es que un socio conductor es el más precario y autodidacta de los psicólogos del andar cotidiano: como un barman, pero en este caso ambulante y bajo la lucidez embriagadora de las luces LED de los recorridos capitalinos.

—En momentos como estos uno quisiera tener un jefe. Uno se jacta en este rubro de que no tienes que cumplirle horarios a jefaturas. No tienes compañeros que te caen mal ni tení que aguantarlos obligado todo el puto día, ni tampoco hay alguien ahí dándote órdenes en todo momento. Pero en situaciones como esta, dígame usted que no le gustaría tener la contención de un superior de carne y hueso que le dé ánimos, aunque sea una luz chiquitita de esperanza para solucionar la cagá que se mandó. Pero aquí ¿a quién le reclamamos? Ni siquiera sé dónde queda la sede central de estos hueones. No los vai a demandar, po. Te quitan la licencia por operar ilegalmente en el mercado del transporte público. Impotencia, socio, eso siento. No sé ni cómo mirar a mi hermana.

## EN TIEMPO REAL

La noche había llegado más temprano de lo común, las nubes blancas y negras ya colmaban por completo el cielo de Pudahuel. Aún me faltaba dinero para la cuota diaria; la cosa andaba lenta y según mis cálculos recién en cuatro horas y media estaría en mi hogar, con la hazaña de sobrevivir el día a día cumplida.

Una mujer junto a sus dos hijos se había subido en La Estrella. Suena la Cooperativa en la radio. Sergio Campos relata que un hombre en situación de calle había sido hallado muerto esta mañana a causa de hipotermia. Al mismo tiempo, agrega que el Gobierno ha habilitado más de treinta centros de albergue en toda la Región Metropolitana. Intento bajar el volumen, pues noto a través del espejo retrovisor que la mujer, justo en medio de la noticia, le pregunta a sus hijos cómo les había ido en la escuela.

—Mamá —pregunta el niño, que no sobrepasaba los siete años de edad, en vez de responder—, ¿de qué murió ese caballero?

Un sepulcral silencio invadió el interior del vehículo. La mujer de improviso rompe la frecuencia del sonido volteando y preguntándole a la otra niña cómo le había ido en la escuela. De pronto, un estrepitoso ruido del motor interrumpe la escena, seguido de un incesante tiritón que detiene bruscamente el auto. Alcancé a impulsarme a la berma, indicándole a la señora que no sabía qué pasaba, que no se preocupara, ya lo solucionaba. Al bajarme y abrir el capó, prendí la linterna del celular y logré ver que se había cortado la correa de distribución. Le pido a la mujer las disculpas correspondientes y que por favor solicite otro móvil desde la aplicación. Así lo hizo. Quedé varado en medio del norponiente de la capital. No me quedaba otra

más que irme a mi casa para mañana tratar de solucionar el problema, puesto que en cualquier minuto se ponía a llover, y me quedaba una hora y media para poder llegar al terminal antes de que saliera la última liebre hacia mi casa en Talagante. Empujé el auto hacia un lugar habilitado, confiando en que creerían que era de los dueños de una casa colindante, confiando en que ningún vivito lo fuera a abrir para llevárselo. No me quedaba otra que confiar. Caminé hacia un paradero con la intención de preguntar cuál micro me servía para llegar a San Borja, pero no había ni un alma en la calle. Los medios de comunicación venían anunciando hace una semana que esa noche caerían más de diez milímetros de agua, por ende la mayoría de la gente se había ido temprano a su hogar. A lo lejos vi a un grupo de personas y a una micro del Transantiago que se acercaba al paradero. Apuré el paso para no perderla, pero no llevaba cartel de recorrido ni numeración. Aun así mucha gente se subía. Pensé entonces que me dejaría en alguna estación de metro. Si me apuraba podría tomar el último vagón.

Eran las 22:40 de la noche, pero el cielo apagado de julio hacía parecer la escena como el interior de una trinchera pesada, negra, como si fuera la más oscura de las madrugadas. Caían las primeras gotas de lluvia y el frío se hacía insoportable. Desde la ventana podía ver cómo el autobús entraba por calles y poblaciones que mi mente no reconocía. Unos vagabundos hacían sonar tarros y latas frente a una fogata improvisada. De lejos se podían vislumbrar sus sonrisas, donde asomaban los últimos dientes colgando de sus encías gastadas. El ritmo era alegre, como una cumbia de los noventa, de esas que sonaban incansablemente en el equipo Aiwa de las fiestas familiares, la última papita del mercado, cuyo sonido estéreo amplificaba la pista de baile a tal nivel, que parecía que el mismísimo Tommy Rey estuviera entonando «La Parabólica» en medio del trencito de los tíos enarbolados por el pisco Control de 30°. A escasos metros de

aquel callejero concierto, un adolescente en cuclillas movía sus hombros nervioso, observando para todos lados una y otra vez antes de llevar a su boca la pipa de PVC y el encendedor que pondría su garganta ácida, su mente baleada por escasos segundos con un pipazo. Saqué mi celular y comencé a escribir lo que veía. No era cosa nueva: solía hacerlo mientras viajaba. El tránsito del cotidiano me mueve, como si fuera una suerte de vagón con recorrido incierto incrustado a fuego en el minuterero de los días.

Cada dos o tres paraderos la máquina se detenía por pasajeros. Por supuesto, nadie pagaba al subir. El chofer, absorto en sus audífonos, zapateaba los pedales al ritmo de Jordán y Tú. Tres adolescentes se subieron hablando entre ellos que a balazos se van a tirar, no entiendo bien quién o qué. Luego de esquivar los torniquetes con la acrobacia propia que otorga la elasticidad de la calle, comienzan a pasearse por el pasillo vociferando cánticos indescifrables, sonriendo con la misma indiferencia con la que los ha criado el mundo, observando desafiantes a todos los pasajeros, tanteando el terreno sobre quiénes éramos exactamente, sobre cada pedazo de ser humano que se trasladaba en aquel fantasmal recorrido sin carteles. El primero era un joven largo y delgado que vestía una parka naranja, de esas con plumas de ganso y quizás qué otro menjunje típico de algún misterioso rincón de la tierra. Su andar era perezoso, tímido: le pedía permiso a un pie para mover el otro. Además de demostrar una inseguridad constante, tenía pegado en todo momento a un moreno bajito, que vestía un polerón morado y se desenvolvía con mucho más desplante que el primero, como si aquel escenario fuera su pasarela personal en el desfile de modas de los oficios que otorga la calle, puesto que no dejaba de intimidar con la seguridad propia de quien sabe lo que hace. Nuestro tercer amigo llevaba una chaqueta negra enorme, con un gorro y una bufanda que cubrían su rostro. No podía vislumbrarlo bien, pero sin duda era el jefe, puesto que

indicaba con sus manos a los otros dos hacia qué lugar de la micro ir. Logré concentrarme en sus ojos: eran café oscuro, profundos como el cielo pudahuelino de esa noche, situados en la geografía aguerrida de un hoyo al norponiente de la región. Su mirada era una especie de semáforo en rojo, a la espera de que los colores hicieran lo suyo y mutaran en la clarividencia de un amarillo pasadito a verde, que diera paso a lo que llevaba en mente. A simple vista ninguno pasaba los dieciséis años de edad.

Los pasajeros mirábamos de reojo, y uno a uno comenzaron a esconder los objetos de valor; pero el moreno se percató de una muchacha que ocultaba algo en sus calcetines. Se acercó rápidamente a ella, metiendo su mano dentro del polerón y extrayendo una pistola hechiza.

—¡Páalo too maraca y la conchetumare!

—¡Buena, Perro Negro! —le grita el de la parka naranja—. Le pusiste.

Comienzan los gritos desesperados. Una mujer desde la otra esquina le protesta al chofer para que haga algo; pero él persiste en su mambo mental, tarareando que qué carajo había pasado con tu amor, tanto cariño dónde fue a parar, uooohhh. El chicoco de la bufanda le dice al flaco que comience a hurguetear entre los bolsos y carteras.

—Talento, yo me voy por aquí y vo por allá —mientras insiste con su teoría de que a balazos nos íbamos a tirar.

Yo sigo pintando el cuadro con los dedos en mi celular, cuando de pronto llega a mí el Perro Negro.

—Suéltalo too, perquin culiao.

Lo miro y le digo que lo más costoso que porto es mi polar Columbia de cinco lucas del persa de Teniente Cruz.

—Y el celular, conchetumareee —me grita con sus ojos morados y desorbitados que claramente envidié.

Sin más diálogo de por medio, me lo arrebató con su sonrisa indiferente. Pero si hay algo que odio y me encoleriza es la interrupción de una historia, así que con toda mi estirpe campechana poblacional me lancé sobre él, que me lo devuelva, que me deje terminar el cahuín del Transantiago. El compañero de la bufanda y los ojos profundos se percató de mi rabieta y, arma en mano, se acerca corriendo. Sin mayores amenazas me ataca como los perros callejeros que sobreviven, como los choros de verdad, de esos que te pegan y después preguntan. Alcancé a esquivarlo con un movimiento de karate que aprendí a los doce años, logrando al mismo tiempo apearme a la ventana, en posición de combate, porque si he de caer muerto en alguna esquina mundana, sin lugar a dudas lo haré dando la pelea. Le lanzo un certero puñetazo en la cara al bajito, mientras las urracas con falda no dejaban de bramar que aquel era el fin del mundo, que Piñera tenía la culpa, y que los jinetes del apocalipsis vendrían a quemarnos vivos dentro de esa máquina condenada, por pecadores. Invocan a Moisés, a Popeye el marino, al Chapulín Colorado y hasta al Comando Jungla, pero ninguno de ellos se dignó a bajar del Olimpo televisivo hasta aquel cráter. Ningún pasajero tampoco hizo lo propio. Todos se atrincheraron en la parte trasera de la máquina, gritándole al chofer que hiciera algo; pero éste iba en su tercer *dancing* mental, a estas alturas ya poseído por la filosofía cumbianchera de nuestra época, odiando a aquella mujer que le había extinguido las esperanzas, exprimido el amor hasta dejar su corazón como una piedra impenetrable. El flaco de las plumas, al que llamaban Talento, tenía en sus manos billeteras y celulares. Vi a lo lejos cómo los guardaba en una mochila y se acercaba a darme la pelea. Ya eran tres contra mí. Sentí miedo, como cualquier mortal en una situación como esta. El flacuchento me lanzó una patada voladora, el Perro Negro me agarró del pelo y me botó al suelo, mientras el de la bufanda ordenaba que me sacaran la chucha. Fue así como comencé

a sentir una lluvia de patadas en las costillas, la cara, la espalda, mi humanidad completa abatida en mi choreza descontrolada, impulsiva, sin sentido y atrapada en el frasco cotidiano del estrés, que esa noche de tanta y tanta presión simplemente explotó. Pensé que no saldría de esa para contarla cuando sentí un cuchillo en mi cuello. Era el líder de la banda, que me miraba con sus ojos oscuros. Lo vi decidido a rajarme el cogote, a dejar mi sangre correr por el desfiladero de los indiferentes, pero no lo hizo.

—¿Manejai? ¿Sabí manejar, conchetumare?

No comprendí bien qué fue eso, sólo atiné a dar una respuesta de sobrevivencia.

—Soy Uber y los colegas me dicen el Toretto de los TAG.

—Bien, culiao —me dijo—. Vo vení con nosotros.

El sonido ensordecedor de un motor diésel corriendo por Vespuccio Norte, eso es felicidad. Ver la vida pasar en una caja de luces interminable, cegando el presente mientras se abre camino. Gritar «¡estoy vivo!». De seguro algo así hubiese sentido, si no fuera porque tenía un cuchillo de veintidós centímetros en mi nuca y otro similar en mis costillas, escuchando a todo momento gritos aceitados de adrenalina y miedo adolescente, que bramaban «¡acelera, conchetumare, acelera!».

Una vez obtenido el botín de los pasajeros de la micro, los asaltantes tocaron el timbre de la puerta del medio. Fue solo en ese instante cuando el chofer, al mirar por el espejo retrovisor, se percató de que todas las personas estaban agrupadas al fondo de la máquina, excepto los tres cabros chicos y un hombre alto, que no cesaban de apretar el timbre y pedir que parara la micro. Seguíamos en Pudahuel, puesto que reconocí a lo lejos un cementerio de esa comuna. El moreno me llevaba tomado del brazo, mientras el flaco me mostraba en todo momento la cuchilla, diciéndome en un tono enternecedor que me quedara sosegao, tranquilito, que nada me iba

a pasar si me portaba bien. Caminamos un rato por una calle oscura; entre ellos se reían de las caras que habían puesto los pasajeros de la micro.

—Me imaginé a la vieja culiá de mi tía cagando, así estética, con la cara que puso la guatona de la falda —dijo entre carcajadas el Perro Negro.

—¿Y viste al haitiano? Quedó blanco del puro susto el culiao —respondió Talento, que poco a poco iba perdiendo su timidez, o quizás su personalidad retraída fue solo mi primera y errónea impresión de aquel hombrecito que no dejaba de amenazarme con el bulto que llevaba en su perturbadora chaqueta de plumas, y realmente era él el líder de la banda.

A esas alturas, inundado en miedo y confusión, ya no importaba mucho ese detalle si al cabo decidieran deshacerse de mí. Sabido era de casos policiales semanales, de hombres a los que acuchillaban en plena vía pública y aparecían sus cadáveres al alba, encontrados por el primer obrero madrugador que transitara frente a la escena del crimen. Sería noticia de la ADN, la Biobío y la Cooperativa durante una mañana. Me imaginé a Mirna Schindler y a Mauricio Hofmann re-tándome por haber puesto resistencia en el atraco del Transantiago, ya que el sentido común indica que simplemente hay que bajarse los pantalones y entregar todo lo que es el culo, porque de lo contrario, querido radioescucha, terminará como yo, ahogado en mi propio charco de sangre, en la oscuridad del hoyo santiaguino por porfiaño, duro y necio.

El chico de bufanda y gorro era evidentemente la mente fría, quien calculaba los movimientos y no perdía el tiempo con distracciones banales, como el chiste del haitiano. Tampoco se quedaba mirando a las latinas migrantes que pasaban con su silueta caribeña por nuestro lado.

—Ya, cabros, a lo que vinimos —interrumpió la conversación, poniéndole un tono de seriedad y planificación.

—Mira, loco —me indica mirándome a los ojos—. Aquí la cosa es sencilla. Vamos a robarnos un auto para ir a asaltar una bomba de bencina que está en San Pablo. Vo te vai a quedar con el Perro Negro adentro, yo me voy a bajar con el Talento y agarramos a un bombero. Te quedai con el motor prendio, llegamos y rajai por donde yo te diga. Cuidaito con hacer algo que no te digamos, porque aquí mismo te rajamos, culiao.

Estaba dispuesto a salvar mi vida, por lo que no me quedaba otra que acatar sus órdenes.

—Disculpa, ¿te puedo decir algo? Hace rato que en las noches no reciben efectivo en las bombas, puras tarjetas, por lo que no creo que sea muy buena tu idea.

El Talento y el Perro Negro emitieron al unísono un burlesco y desafiante «uhhh» mirando al jefe de la banda. Pensé que era mi fin, que se iba a sentir ofendido, pero para mi sorpresa sus ojos mostraron interés y simplemente me respondió que tenía razón.

—¿Qué se te ocurre a ti? —me dijo como quien le pregunta a un colega la respuesta para resolver una traba que lleva horas intentando solucionar.

—Lo mejor sería un lugar donde guarden efectivo y que esté abierto por la noche: según lo que he visto, botillerías, comida rápida y restaurantes chinos.

Los tres se quedaron mirando entre sí. El Perro Negro me palmoteó la espalda como diciéndome muy bien colega y el Talento me sonrió agregando espontáneamente que le ponía, que me hacía el hueón. Yo solo trataba de llevarles el amén para impedir que se enojaran y actuaran impulsivamente. Se sabe que los adolescentes que cometen delitos no reciben escarmiento alguno; lo peor que podían tocar, era llegar a un programa cerrado del SENAME, de donde sabían que podían salir y entrar cuando quisieran. Sumado a esto, el atrevimiento propio de la carne nueva, el temor inexistente o a lo

menos anestesiado, de tres adolescentes en búsqueda de las medallas y logros que les fueron negados por la formalidad de la escuela y sus pistas atléticas del éxito.

—Ya po —interrumpió el líder, como hablándole a sus seguidores—. Yo conozco a un chino que tiene abierto toda la noche. Las botillerías están llenas de cámaras y no van a faltar los curaos que se van a meter. Los de la comida rápida son carros chicos, y nosotros queremos plata, harta plata, y este chino culiao vende caleta. Además ni le vamos a entender las hueás que grite cuando esté cagao de miedo, así que démosle —concluyó muy seguro de lo que estaba diciendo, como dando un veredicto final después de haber reflexionado días enteros sobre asuntos poco ortodoxos acerca de la existencia humana.

—¿Tenís pa pedir un Uber? —me pregunta sin vacilaciones.

—Sí —le respondo—. Pero desde mi celular.

—Pide uno al toque —dijo mientras me devolvía mi teléfono y notaba que me temblaban las manos.

—No po, loco, tení que estar tranquilo —me dice el Perro Negro—. Si ya erí uno de los nuestros. No te vamos a hacer nada. Vo maneja y te vai tranquilito pa la casa después, ¿cierto, Kiara? —le pregunta al chico de bufanda, quien asiente con la cabeza.

A esas alturas era lo único que quería, no comprendía bien cómo había llegado a esa situación, si hace una hora y media estaba de lo más tranquilito en mi auto.

Fue así como pedí un Uber. El líder de la banda indicó que ellos tres se iban a esconder, que al llegar el auto abriera la puerta del copiloto, me subiera y sin cerrarla del todo, le dijera al chofer que faltaban unos amigos. El Perro Negro iba a abrir la puerta del conductor, mientras él con el Talento se iban a subir por detrás. En ese momento me tenía que pasar al puesto del chofer.

—¿Y qué hacemos con el chofer? —le pregunto.

—Lo dejamos tirao po, hueón —me responde agresivo el Perro Negro.

—¡No! —interrumpe abruptamente el de bufanda, como quien golpea la mesa para dar una sentencia irrevocable—. Si lo dejamos tirao nos va a ir a sapear a los pacos. Mira, el Perro Negro lo baja, vo te poní en el puesto del conductor y con el Talento subimos al chofer a la maleta. Ahora pide el Uber.

Los tres adolescentes se escondieron y echamos a andar el plan. Al pedir el auto desde mi app, quedarían todos mis datos, desde mi número de celular, mi nombre, dirección, cuentas bancarias y hasta una foto. Todo. Pero tengo que hacerlo, de lo contrario me matarán. Pensé en correr, pero ya habían demostrado su agilidad al momento de saltar los torniquetes; en diez segundos me tendrían en el suelo rompiéndome la cabeza y las costillas a patadas. Como socio conductor, estoy en un sistema de comunicación instantánea al que llaman Zello, además de un grupo de WhatsApp. Esa era la salida. Hablar no podía; pero sí escribir, haciendo como que pedía el Uber.

«Colegas, estoy en Pudahuel, no sé dónde, y tres tipos me tienen raptado. Necesito que vengan a ayudarme ahora». Alcancé a redactar mientras mandaba mi ubicación en tiempo real. De reojo miraba cómo el Perro Negro me hacía gestos con las manos indicándome que me apurara, mientras el de gorro y bufanda atravesaba un dedo por su cuello. Suena mi WhatsApp: un colega me indica que está a tres cuadras de mi posición. Miro hacia la pandilla y le hago el gesto de dos con los dedos.

—A dos minutos —les grito.

Por el grupo de colegas comienzan a hablar. Se ponen de acuerdo para acorralar el sector, pero tan solo había un conductor cerca. Las indicaciones eran que no dejara de compartir mi ubicación y que pasara lo que pasara, ellos me iban a seguir. De pronto veo unas luces acercarse rápidamente hacia donde estaba. El líder

de la banda debió haberse percatado de que algo andaba mal, pues el protocolo de llegada de un móvil es encender las luces de emergencia y, por supuesto, a una velocidad prudente para tomar un pasajero. Pero el colega venía corriendo. No me di cuenta cuando tenía al Perro Negro encima mío, y al Talento por la puerta del copiloto mostrándole la hechiza al chofer, indicándole que se bajara. El de bufanda le pegó una patada en el estómago, gritándole que abriera la maleta, al mismo tiempo que junto al Talento lo llevaban hacia ella.

—Mira, conchetumare —le grita el líder al conductor—. Te vai a quedar piolita ahí. Si no te corto la lengua, te revuelvo esta hueá en la guata y te dejo los riñones en el poto, culiao —sigue mientras lo empuja amenazándolo en todo momento con arma blanca en mano.

—Ya, maneja, hueón —me indica acelerado el Perro Negro. Me subo al puesto del conductor. Era un Peugeot 301 del año. Con los tres arriba del auto, más el colega en la maleta, aceleré en dirección desconocida.

—Ya, cabros —comenzó a decir el de bufanda—. Vamos a ir donde el chino ahora. Te vai a estacionar afuera, justo afuera de la entrada del local, apagai el motor y cuando nos veai salir, lo prendí altiro. Te quedai ahí con el Talento... ¡Talento! —le grita al adolescente que miraba asombrado el interior del vehículo, mientras jugaba como un niño con los infinitos botones del panel—. Vo tení que preocuparte de que este hueón haga lo que yo le diga, si no le rajai el paño, conchetumare. ¿Me entendí?

—Ya, sigue por esa calle a la derecha —me iba indicando el líder. Intenté concentrarme en el colega de la maleta, pero no sentía ningún ruido. Pensé que algo estaba planeando. Pues obvio, estos cabros no le quitaron el celular, así que debe ir hablando por el grupo.

—Ahora sigue derecho por esa calle. Pero acelera, culiao.

Iba ya por los 70 km/h en una zona de 50, pero aceleré, tal y como me lo exigían, 80, 90 km/h.

A lo lejos vi un cartel luminoso con letras chinas a su alrededor y un nombre que no recuerdo. No sé por qué se empeñan tanto en darles un nombre a esos lugares, si finalmente los terminamos llamando «donde los chinos». Me estacioné justo en la entrada, tal cual eran las indicaciones. El líder se bajó junto al Perro Negro y el Talento no me sacaba el cuchillo del estómago. A lo lejos vi cómo los dos le gritaban al chino con la pistola para que abriera la reja que separaba la caja con la atención al público. El de bufanda sacaba en una bolsa todo el dinero que podía, mientras el Perro Negro tenía en un rincón al cajero y a un cocinero. Escuché un par de gritos, especialmente del bajito moreno indicando que le llenaran una caja de plumavit con papas chinas. Pasaron unos dos minutos, pero los sentí como dos siglos y medio. A lo lejos logro ver dos autos que se acercan a toda velocidad, al mismo tiempo que vienen el líder y el Perro Negro corriendo, el primero con una bolsa con plata y el segundo con una llena de papas fritas. Se lanzan al interior del vehículo apenas el Talento les abre la puerta, mientras me gritan que acelere. Yo pensaba darles tiempo a mis colegas, pero sentí el punzón del cuchillo entrar por mi estómago, por lo que aceleré en primera aserruchando los forros como nunca antes en toda mi jodida existencia. En tres segundos iba a 50 km/h arrancando, en seis ya superaba los 100 km/h.

—Ohhh gil culiao, ¡papas chinas! Bueeena, Kiltro, son pulentas, le pusiste —alababa el Talento al bajito por tan delicioso botín, mientras el de bufanda echaba un ojo dentro de la bolsa, como haciendo un conteo mental de cuánta plata habían logrado robar.

—Ya, culiao, acelera, mira que atrás vienen unos autos medios sospechosos.

Mis colegas habían decidido no perseguirnos de forma evidente. Pensé que era una estrategia mientras esperaban la llegada de más móviles. De todas formas seguían tras nuestro, pero la indicación era acelerar y acelerar, por lo que rápidamente los perdimos. De

pronto, al dar la vuelta en una avenida, el auto dejó de funcionar. Al darle contacto, simplemente dejó de responder.

—¿Qué pasa? —preguntó agitado el Perro Negro.

—No sé, no anda. No me responden las llaves —le digo atemorizado. La adrenalina y el miedo hacían zamba y canuta hasta en el último rincón de mi desafortunada humanidad—. Debe tener corta corriente.

—¡Conchetumare! —grita enojado el líder de la banda, mientras veo cómo tres autos se van acercando a nosotros. El colega de la maleta empieza a gritar que lo dejen salir, mientras los tres adolescentes se bajan del auto. El Talento nunca deja de mirarme y de apuntarme con el cuchillo. Los colegas que venían siguiéndonos se bajaron de sus vehículos, pero el Talento me aferra a su parka naranja de plumas de ganso, atravesándome el cuello con su brazo, mirando a los colegas y diciéndoles que si se acercaban me iba a matar. Nadie se acercó. El de bufanda da la orden de seguirlo. Estando amarrado al brazo del Talento, logro ver de reojo que la banda se va acercando a una camioneta RAM roja detenida en un semáforo. Logro escuchar el estruendoso sonido de una piedra rompiendo un vidrio. Dentro de ella, una mujer al parecer estaba ocupada viendo videos de TikTok cuando todo pasó, porque no tuvo tiempo de reaccionar y ya estaba tendida en el pavimento gritando despavorida cuando se percató de que había sido víctima de una suerte de semafortonazo. Me sentaron frente al volante con la misma indicación: que manejera.

Lo único en que pensaba era en sobrevivir y poder contar esta historia. No quería morir en un asalto de papas fritas o volcado en una camioneta robada, así que hice lo único que querían de mí: manejar. No me di cuenta y ya estábamos en Vespucio Norte.

—¡Acelera, conchetumare, acelera! —me gritaba el de bufanda mientras veía las luces LED cruzar por mi retina a 160 km/h, adelantando a todos los vehículos que se cruzaran en el camino. Pero

por más que arranque, pensaba, siempre sabrán donde estoy. Me tienen en tiempo real, observándome en todo momento. Era lo que me daba calma, el remezón necesario que me despertaría de esta pesadilla.

—Ya, conchetumare —gritó el de bufanda—. Nos vamos a ir a Recoleta donde un primo. Vo maneja por donde yo te diga. Y ustedes, cabros, se van a quedar piola. Dejamos la camioneta tirá cuando lleguemos donde el loco y era. Nos repartimos la plata y fue.

Antes de partir logré darme cuenta de que alcanzaron a llegar los colegas y que abrieron la maleta. Luego vi a la mujer en el suelo. El Perro Negro con el Talento se veían asustados, como que ya no les hacía tanta gracia el jueguito de los bandoleros. Pero el de bufanda era implacable. Nunca perdió los estribos; su frialdad emocional y mental lo hacían planificar cada paso y, al mismo tiempo, tenía capacidad de mando. Yo no estaba lejos de su trono de poder; muy por el contrario, me gritaba cada dos segundos que acelerara. Realmente me había concentrado en eso. Sabía llegar a Recoleta, y pensaba todo el tiempo en el bendito cartel verde que anunciara que a 700 metros podía salir de la autopista. Pero aún faltaban kilómetros y el zigzagüeo me tenía mareado. Adelantaba por todos lados, puesto que ya iba cerca de los 170 km/h. A lo lejos vi un bus y un camión que estaban obstaculizando el tránsito. Me acomodé al volante y agudicé la vista para pasar justo por el medio de ambas moles, pero alcancé a ver una camioneta Fiorino blanca que no me permitiría hacerlo y, de insistir, me iba a impactar contra ella. A esa velocidad, en esta camioneta, sus ocupantes quedarían como estampillas de la Vecindad del Chavo, en el capítulo en que el señor Barriga aplasta a Don Ramón. Debía pensar rápido. El líder estaba realmente desorbitado, enajenado, como a sabiendas de que se estaba jugando el pellejo con esta operación; mucho más aún, su reputación como choro entre los choros. Me tenía en sus manos. Estaba decidido a pasar en medio de las

dos bestias de fierro y, en el punto en que estuviese lo más cerca de la camioneta, doblar inmediatamente y acelerar más aún. Me aferré al volante con ambas manos, y haciendo juego de luces para que la Fiorino se corriera, simplemente aceleré. Al pasar entre el bus y antes de llegar a la cabecera de este, señalizó para doblar a la izquierda, sin percatarme de que adelante suyo había una Chevrolet Orlando blanca. El impacto fue letal. Con el frontis de la RAM le pegué un to-pón fuerte. Solo logré ver por el retrovisor cómo la Orlando saltaba hacia la otra dirección de la autopista, haciendo pedazos las vallas de seguridad. No recuerdo haber abierto tanto los ojos de asombro como lo hice cuando vi aquella escena.

—¡Ohhh conchetumare, qué hiciste! —me increpa el Perro Negro llevándose las manos a la cabeza. No pude responder nada, no me salían las palabras y solo atiné a frenar lentamente; pero el de bufanda, al percatarse, me pega en un hombro con su cuchilla.

—¿Qué parte del acelera no entendí, hijo e la traga sable?

Sentí el peso del metal en mi hombro. Los carteles anuncian que estamos a cuatro kilómetros de Avenida El Guanaco y me preparo para salir de la pista rápida. No paro de acelerar y no logro sacarme de la cabeza la imagen de ese Orlando volando. Me perturbaba la idea de que podía haber gente muerta. Pero en ese instante lo único que me salvaría la vida sería salir rápido de ahí. Dejar a los cabros donde me dijeran y poder ir a los pacos. ¡Por la cresta! Cómo no lo pensé antes. Es evidente que el de bufanda sabe que yo iré a la policía. No me dejará ir. Pensé entonces que definitivamente no saldría vivo de esta. Ya la avenida estaba más cerca. Anuncio con el intermitente que saldré de la autopista, pero a lo lejos logro ver unas balizas encendidas que cubrían la salida.

—¡Conchetumare, conchetumare, conchetumare! —grita desesperado el líder, y por primera vez noto que pierde la calma—. Sigue derecho, culiao —me grita apuntándome con la cuchilla, pero esa era

mi oportunidad de salir de ese entuerto con vida. Sin pensarlo, me voy en dirección a las balizas, mirando a los tres adolescentes.

—Miren, pendejos, si me hacen algo doy vuelta la camioneta y nos morimos los cuatro aquí mismo.

Comienzo a frenar mientras con una mano le intento quitar el cuchillo al de bufanda, cuando de pronto siento un balazo ingresar por el parabrisas. Me agacho sin soltar el volante, frenando bruscamente. Al lograr asomarme, veo a dos ratis que se encontraban justo en frente de mí. Terminó de frenar y, antes de que la camioneta parara del todo, me lanzo hacia el pavimento. Lo mismo hicieron los tres asaltantes, que quedaron a escasos metros míos. Un rati se acerca apuntándonos y diciéndonos que nos quedáramos donde estábamos. Una mujer se encontraba a su lado: era la dueña de la camioneta. Alcancé a oír que le decía al rati que nosotros éramos los delincuentes. Un rayo ilumina el cielo oscuro y de improviso comienza a llover a destajo. El hombre del arma se acerca a los adolescentes. Evidentemente la camioneta tenía GPS y siempre supieron dónde estábamos en tiempo real.

—Cabros culiaos, así que quisieron pasarse de listos con mi señora. Lacras de mierda, no saben con quién chucha se fueron a cruzar.

Logré identificar una rabia desbordada, pero al mismo tiempo contenida en la palma de sus manos, sujetando firmemente el arma. Su mirada expulsaba ira en forma de vapor y sus dientes apretados fueron el detonante final para jalar el gatillo. El primer balazo fue hacia el Talento. Pude ver como su parka naranja comenzaba a sangrar plumas de ganso rojas, rojas y oscuras, mientras que el líder de la banda se ponía de pie para intentar arrebatárle el arma al rati. Pero este le respondió con un fuerte manotazo que le voló el enorme gorro que llevaba. Vi cómo enérgicamente una larga cabellera se asomaba al mismo tiempo que caía al suelo. Recordé entonces que en

algún momento lo habían llamado Kiara. El líder no era realmente él, sino ella, arraigada a los cimientos del mando de esa banda, situada en aquella oscura noche capitalina de este siglo. Pero eso no significó nada para el hombre del arma, puesto que una vez cayó al suelo, comenzó a patearla. El Perro Negro se encontraba tirado en el piso con las manos en la nuca. Se lograba oír a cinco kilómetros a la redonda sus gritos suplicando que no lo mataran, que llamaran a su abuelita. Intenté acercarme al rati para decirle que eran unos cabros chicos, que qué estaba haciendo, pero al dar un paso sentí una pistola en la nuca. Era el segundo rati que nos estaba apuntando directamente a la camioneta mientras veníamos saliendo de Vespucio.

—Quédate ahí, conchetumadre. Un solo paso, un solo movimiento y te vuelo la cabeza.

Intenté decirle que había sido secuestrado y nada tenía que ver con la banda de asaltantes, pero antes de siquiera poder emitir el más mínimo gemido, sentí el impacto de bala que fue directo a la cabeza del Perro Negro.

—¡Lacras de mierda! ¡Muéranse todos! ¡Bien muertos los perros! —gritaba enarbolado el rati, como quien celebra con la pasión contenida por años el gol de una final de la Copa del Mundo en el minuto 89'. De los autos que estaban detenidos a nuestro alrededor, comenzaron a descender algunos pasajeros. Vi cómo unos cuantos sacaban sus celulares para grabar, mientras una mujer se acercaba y le decía llorando al rati que eran niños, que cómo se le ocurría hacer eso, que la matara a ella también.

—¡Atrás! ¡Atrás todos! —gritó el rati apuntando a la masa de gente que cada vez se veía más y más.

Kiara estaba de rodillas en el piso, llorando desconsoladamente, tomándose el pelo con las dos manos

—Estas lacras asesinas, mal paridas, son unos delincuentes y deben pagar.

Cerré los ojos y solo sentí el sonido de un tercer balazo. Comprendí que venía mi turno. Sin que nadie me lo pidiera alcé las manos y comencé a gritar que no me mataran, que yo era Uber y que ellos me habían raptado. El rati que había disparado a los tres adolescentes, se acercó a mí con sus pupilas infectadas de ira. Me apuntó directamente a la cabeza y la verdad pensé que era mi fin.

—Tú eres el peor de todos. Tú ibas manejando y diste vuelta ese auto en la autopista.

Era este el preciso momento de horror en cualquier pesadilla cuando uno despierta. Fue el pensamiento que atraje con todas mis fuerzas mientras presionaba los párpados, como creyendo que así terminaría todo, como si realmente iba a lograr despertar en el auto a las cuatro de la mañana, tapado con mi chaqueta negra de plumas de ganso, mientras se cargaba el celular con el cargador portátil para seguir dándole a la jornada doble turno noche-mañana, pero nada de eso. Estaba vivo, realmente vivo.

—¡Espere! —logré oír a lo lejos.

Tres colegas venían corriendo hacia nosotros, incluyendo el de la maleta.

—Él es compañero de nosotros. Estaba raptado. Aquí tenemos una conversación donde nos contó todo. Veníamos siguiéndolo en tiempo real —le dice un hombre mostrándole su celular.

Me volvió el alma al cuerpo cuando lo vi bajar su arma; pero el segundo rati, que no se movió de mi lado, me lanzó una patada en las costillas y luego una en las piernas. Me tira de boca al piso y me esposa. De lejos pude ver los ojos abiertos y profundos de Kiara, su sangre mezclándose con los charcos de agua y barro en aquella aguerida ciudad.



## AGRADECIMIENTOS

A Mariana Küyén por su creatividad mágica.

A Beatriz por siempre creer.

A Daniel, Sergio, Carla y Roberto por la amistad e inmenso apañe en este proyecto.

A Óscar por su lúcido lente fotográfico

A los amigos, anacrónicos y queridos poetas periféricos.

A los profes y compañeros de la calle y del Zoom.

A los pájaros y grillos de Culiprán.

A los simios atrapados en las montañas de Machalí.

Al abuelo del cerro de Lonquén y a los bombardeos coloridos de Cartagena.

A todos los pasajeros de recorridos fantasmales y a los que estén por subir.

A todos los Perros Negros de este fundo llamado Chile.

A los que me antecedieron en el oficio de esculpir con palabras al tiempo.

## ÍNDICE

<b>05</b>	Prólogo
<b>11</b>	El gran teatro del mundo
<b>12</b>	San Pablo
<b>14</b>	La baliza
<b>18</b>	Maluma es mi pastor
<b>20</b>	La José María Caro
<b>23</b>	Tú sí me entiendes
<b>24</b>	El espantapájaros
<b>25</b>	Siesta
<b>26</b>	El beso
<b>28</b>	Hans Pozo y los muertos de Camilo Sesto
<b>29</b>	Zara
<b>30</b>	La luna
<b>31</b>	El otro beso
<b>32</b>	El jefe
<b>36</b>	En tiempo real
<b>55</b>	Agradecimientos

EN ESTA EDICIÓN COLABORARON  
DANIEL VISCARRA, CARLA VALENZUELA  
Y ROBERTO MORALES. EL LIBRO  
FUE IMPRESO UNA AGRADABLE  
MAÑANA DE VERANO. SE TERMINÓ  
DE CORREGIR MIENTRAS RECORDABAS  
ANTIGUAS HISTORIAS DE TU VIDA.